

El vasco jaun «señor» etc.

(ENSAYO DE UNA RECONSTRUCCION INTERNA)

*Al profesor L. Michelena
lingüista, hombre, colega.*

En el magnífico libro de L. Michelena «Fonética histórica vasca» (San Sebastián, 1961) —que en el dominio del idioma vasco es el de partida para todo estudio etimológico contemporáneo— encontramos varias referencias a la conocida palabra vasca jaun «señor» y su sinónimo en doble forma jaube, jabe «dueño»¹. Este último tiene también la tercera forma jaba que figura en el índice de dicho libro de L. Michelena y a juzgar por el «Diccionario castellano-vasco» de P. Múgica Berrondo, Bilbao, 1965, art. «dueño», pertenece, como jaube, también al dialecto vizcaíno. Esta tercera forma jaba es, sin embargo, una contaminación evidente de jabe más el artículo, es decir de la forma articulada (de jabe): jabea.

En la composición la palabra jaun sufre varias modificaciones. Las últimas tocan, primero, a su principio (Anlaut): aezc. ezkauna «no, señor» de aezc. ez «no» + jauna con /x/ inicial (M.², p. 350), sal. etxauna «no, señor» de ez jauna, a-nav. Elcano apetxaun «señor cura» de apez jaun, artxaun «pastor», lit. «señor de las ovejas» de art- (ardi) jaun (M., p. 174). En segundo lugar, abarcan las mencionadas modificaciones el medio de la misma palabra: sal. baxona «si, señor» de bai jauna, apetxona «señor cura» de apez jauna (M., p. 174). Por último, no deja de ser modificado el fin (Auslaut) de la misma: jauregi «palacio» de jaun egi «local, residencia del señor», Oih. jauretsi «adorado» de jaun etsi «reconocido, estimado por señor, como señor», iaur-gehien «soberano», Leic. iaurgoa «imperium», top. Jaurbaracea del año 1258, etc. (M., p. 309).

El punto de partida para todas estas modificaciones queda con todo —y a pesar de la amplitud de las últimas— siempre la forma jaun. En lo

1 De modo aproximativo los hemos comparado por primera vez en nuestro artículo (en ruso) «Etimologías pirenaicas» («Pireneiskiye etimologii») en «Struktorno-semanti-cheskiye issledovaniya na materiale zapadnyj yazykov», Kuibyshev, 1974, p. 305.

2 Libro citado de L. MICHELENA.

que toca, por ejemplo, al Auslaut, se reconoce que «en algunos compuestos de aspecto arcaico /n/ en final de primer miembro desaparece o *es sustituido* por /r/: belhaun «rodilla»: belaurikatu «arrodillado», para cuya parte final cf. rom. fincar, ficar, hincar; egun «día»: eguraldi «tiempo, estado atmosférico», guip. vizc. eguras «oreo», egurastu «oreado, ventilado», jaun «señor»: jauregi «palacio», Oih. jauretsi «adorado»...; or. ohoin «ladrón»: Harriet etc. ohorgoa «robo» (M., p. 309; subrayado por mí — Yu. Z.). Por lo que se refiere al medio de la palabra en cuestión: formas citadas baxona, apetxona, no hay dudas de que su /o/ sea también secundario y debido a su posición en la sílaba interior: Oih. bilarrauzi «ternero»: b.-nav. sal. bilharrozi, a.-nav. bilarruzi, b.-nav. ilhaur egin, ilhaurtu «abortado» de haur «niño» e il «muerto»: b.-nav. sul. ilhor egin, ilhortu, a.-nav. lab. sal. illortu, ronc. ilortu etc. (M., pp. 96-97). Análogamente se trata de la *conservación* de /au/ en jaun: jauzi «saltado, saltar», ronc. xauzi, zausi id., aezc. sautsi «bajado» frente al secundario /a/ en ronc. xatxi «bajado» etc. (M., p. 94). Ronc. jein «señor» proviene también de jaun (M., pp. 94, 417) y a esta última forma ascienden igualmente las modificaciones de la primera parte en los variantes del compuesto Jaungoikoa «Dios» (Jainkoa, Jinkoa, etc.). Por fin, en lo que concierne al Anlaut, ya se ha visto que sus modificaciones k-, tx-, x- se deducen también del sonido j- de la forma jaun (lo que no excluye, a nuestro ver, la necesidad y posibilidad en este caso de una aclaración complementaria que cuente también con difusión particular de la fricativa velar en jaun; véase M., p. 170).

En cuanto a las formas de otra palabra de interés jabe y jaube se cree generalmente que la última es más antigua y ha dado jabe por reducción del antiguo diptongo /au/: cf. aditu «oído, entendido» < lat. auditum etc. (M., p. 95). En vista de ejemplos como mer. maustin «mastín» < rom. (esp.) mastín no está excluido, sin embargo, que el prototipo sea en este caso, por el contrario, jabe y no jaube (M., *ibid*).

Si quisiéramos, pues, intentar o proseguir con el estudio etimológico de las mencionadas palabras tendríamos que partir de la forma jaun, por una parte, y de jaube o jabe por la otra. Es verdad que tratando de hacer en este sentido un paso más el profesor L. Michelena (M., p. 168) hace notar la semejanza de los Anlauts de estas tres formas con el de las formas nominales de muchos verbos: ja(a)n «comer», jakin «saber», jarri «poner, meter», jo «pegar», joan «ir», josi «coser», jaiki «levantar(se)», etc., en los que /j-/ está casi siempre ante la vocal /o, a/ como en jaun y jaube, jabe. En su turno, este j- de los dichos verbos se considera (o se supone) ser procedente de un más antiguo *e-: cf. las formas causativas: e-r-oan «hacer ir», e-r-akin «dar a entender, hacer saber», e-ra-kutsi «enseñar», e-r-aiki «levantar, hacer levantarse», e-r-osi «hacer coser», e-ra-katsi «enseñar, hacer

mostrar» etc. frente a los respectivos paralelos simples: j-oan «ir», j-akin «saber», ikusi «ver», j-aiki «levantarse», j-osi «coser», i-kasi «aprender» etc. Que el afijo causador es aquí -r-, -ra- y no er-, era-, esto se ve por los causativos como i-ra-kur «leer» de una parte y e-ra-karri «hacer traer» a base de e-karri «traer» de otra parte; todo esto equivale a decir, por lo visto, que las formas enumeradas como e-r-oan se habían construido a base de las correspondientes simples del aspecto *e-oan cuando sus variantes del aspecto j-oan, i-oan todavía no existían y que sólo después de la construcción de aquéllas, las formas simples del aspecto *e-oan se transformaron en los variantes i-oan, j-oan (e-kusi en i-kusi etc.) —probablemente por causas asimilativo-disimilativas y por las de analogía fonético-gramatical. La suposición de L. Michelena, con todo ello, consiste, pues, en postular para jaun, jaube, jabe las protoformas *e-aun, *e-aube, *e-abe cuyo Anlaut sería un prefijo verbal (= *e- en e-kusi > i-kusi etc.) y cuyo significado general sería el de un participio pasado del tipo ikusi «visto», joan «ido» etc. (En vista del significado propio actual, no etimológico, «señor, dueño», de dichas palabras esto querría decir que en su origen debían éstas significar algo así como «elevado, alzado» o algo por el estilo).

Esta suposición es, sin duda, muy ingeniosa e interesante. Pero al mismo tiempo no deja de ser una mera suposición, hipótesis como lo subraya su autor que la formula literalmente en una frase: «tal vez ciertos nombres que ya no es posible analizar contengan también este prefijo (es decir, el prefijo j-, i- < *c- Yu. Z.): jaun «señor», jaube «dueño» etc.», M., p. 168. Entre los hechos (no hipótesis) por explicar y de que partir no salimos, pues, nunca del círculo de las formas /siempre las mismas/: jaun, jaube, jabe.

Ahora bien, como es evidente, la significación de estas palabras («señor» y «dueño») es muy próxima. Por otra parte, entre jaun y especialmente la forma jaube hay no sólo la diferencia, sino también una notable semejanza de forma que abarca ante todo el principio y parte media: *jau(n)* - *jau(be)*. Si escribimos estas palabras en su forma más completa: jaun - jaub (con omisión de la sola /-e/ de jaube) veremos ya una evidente diferencia formal de los Auslauts: /n/ - /b/ que, a primera vista, parece ser muy grande y hasta insuperable (ya que no hay en el vasco una alternancia de sonidos /n/ - /b/, incluso en la posición final).

Pero, por otro lado, se conoce bien en la fonética vasca la alternancia del otro sonido nasal /m/ con el mismo sonido /b/: magal, bagal, «regazo» etc. y, lo que es aún más importante, precisamente en la posición final (que es la de /n/ para jaun) el fonetismo vasco es refractario, repulsador con respecto al sonido /-m/ y siempre exige aquí un /-n/ en vez de /-m/: por ejemplo, *Iyerusalim* del hebreo y de otras lenguas suena en el vasco

como *Jerusalem*³ o con una /e/, añadida para conservar /m/, como *Jerusalemme*, nunca como *Jerusalem*. Esto quiere decir, evidentemente, que aunque, en general, la alternancia /n/ - /b/ no es propia al vasco, para la posición final de la palabra esta misma alternancia sí que es admisible: podemos, diciéndolo más exactamente, admitir para esta posición la alternancia de un Auslaut /-be/ con un /-n/ final procedente de un /-m/ antiguo o de un /-m/ acompañado de /-e/, es decir de una combinación final /-me/ antigua. En otras palabras esto significa —no hay que explicarlo— que la diferencia de las formas comparables del vasco en un /-n/ final —/be/ final puede no ser casual y puede presuponer una protoforma con *-*me*, o *-*m* final para la forma comparable con /-n/. En nuestro caso esto nos da la posibilidad de construir para *jaun* una protoforma **jaume* o **jaum* alternando con *jaube*. A su vez, la admisión de la protoforma **jaum* presupone, como es evidente, un primitivo estado del idioma vasco no refractario al **-m* final, su paso de este *-*m* al /-n/ final (una vez aparecido el estado opuesto) con resultado *jaun*, y su paso paralelo de *-me* > *-be* con resultado *jaube*. Por el contrario, la admisión de la protoforma **jaume* no presupone cambio de los estados del fonetismo vasco con respecto al **-m* final (es decir exige la postulación de la ausencia de todo /-m/ final anterior a la aparición de las formas en cuestión) y es al mismo tiempo la suposición de la caída de /-e/ final en **jaume* con paso natural de su nuevo Auslaut /-m/ a /-n/ con resultado *jaun* (sin poder decir nada sobre la forma *jaube* que tanto podía existir —a la luz de esta hipótesis— al lado todavía de **jaume*, como surgir después a consecuencia de **jaume* > *jaube*). Esta hipótesis, como se ve, es más simple y natural: se confirma también por el hecho de la frecuente caída análoga de /-e/ final en otras palabras vascas. Nosotros nos adherimos, pues, a esta (última) hipótesis.

El carácter secundario de la forma *jaun* o, mejor, su procedencia de la **jaume* excluye la primordialidad de las formas parientes con /-r/ final o con cero fonológico final: *jaur* - egi «palacio», *jaur* - etsi «adorado» etc. (M., página 309, véase arriba); en efecto, confirmando la tesis correspondiente se nos presentan estas últimas ahora como indudablemente *terciarias*, formadas, a su vez, a base de *jaun* (y no viceversa: *jaun* a base de *jaur*). Por lo demás, este fenómeno de /-n/ > /-r/ en la posición intervocálica y otras es en general bien comprensible desde el punto de vista puramente fonológico: el fonema /-n/ intervocálico es en el vasco, como en el gascón, muy débil (lo es también en otras posiciones del vasco), por eso en muchos casos desaparece y en otros tantos tiende a desaparecer. Pero en estos otros casos su desaparición es impedida por el hiato posible o cosa parecida y como com-

3 Cf. en español Adán en lugar del bíblico Adam, etc.

EL VASCO JAUN «SEÑOR», ETC.

promiso aparece aquí un /-r-/ o /-r/ que en general es un sonido vasco muy empleado para los compromisos fónicos.

Por una vía muy diferente (de estas relaciones entre jaun y jaur) la reconstrucción presente en nada nos impide creer, como ya se acaba de decir, que la forma jaube ya existiera al lado de *jaume antes de la transformación de la última en jaun. Esto nos quita, naturalmente, la necesidad de expresarnos respecto al problema tan complicado como el origen de la alternancia vasca /b/ - /m/. Indicaremos sólo que si la forma *jaume resultara ser más antigua frente a jaube, tendríamos una confirmación segura del paso /m/ > /b/ en un fragmento antiguo del vocabulario vasco original (en la posición fonológica prefinal) —confirmación que no es suministrada por los hechos tardíos, como el vasco bulu «molino», top Borin- < rom. molinu id., sul. bedezi «médico» < medicina etc. (M., p. 268). Por lo demás, y aunque el paso contrario /b/ > /m/ se conoce en el vasco también (a base de un material mucho más extenso—, M., pp. 267-269), no sabemos tampoco si tiene valor para muchas formas originales como bagal, magal etc.

Ya que la forma reconstruida *jaume contiene un /u/ parecería pues que la forma sin /u/: jabe debe ser más tardía como lo ha supuesto ya L. Michelena (M., p. 95, véase arriba); con ello concuerda la distribución dialectal: jaube es propio al vizcaíno, un dialecto arcaico y en muchos sentidos conservador; jabe, a otros dialectos. Pero, por otra parte, en el mismo vizcaíno hay, como ya se ha indicado, la variante jaba < *jabe - a y no tenemos nada concreto, imponente que excluya la posibilidad de haber existido a la vez que *jaume y a su lado, y al lado de jaube, las formas sin /u/ como jabe, *jame. Siendo, por lo demás, la última una mera construcción teórica, el primer resultado a que venimos en nuestra búsqueda no va, sin embargo, más allá de sólo una forma con asterisco, siempre la misma, *jaume, postulada al lado de las mismas jaube y jabe, como sus posibles paralelos de antaño.

Con ello venimos aquí al punto en que las posibilidades de una reconstrucción interna nos parecen ya agotadas.

Por lo que se refiere a la comparación externa, las palabras tratadas ya han sido también su objeto, pero, a lo que sabemos, sin mayor éxito. Por alguna parte creemos haber leído, por ejemplo, que se haya comparado el vasco jaun con el nombre étnico, tribal de los antiguos griegos «ion» (el bíblico Iona, Iohan se relaciona con el sumer. oan «pez»). Por su parte, N. Ya. Marr, «Iz pireneiskoy Gurii»⁴, Tiflis, 1927, p. 57, trataba de rela-

⁴ Este libro de N. YA. MARR titulado literalmente (traducimos del ruso) "Desde una Guria Pirenaica" está escrito en Vasconia y ya en este título alude, en forma romántica y novelesca, a la semejanza del País Vasco con la población de Guria, una de las regiones etnográficas de Georgia. No entramos en la apreciación del contenido científico de ese libro.

cionar el vasco jabe con el nombre de Ape(t) padre del Prometeo de las leyendas y mitos griegos y con el Iaphet de la Biblia en que figura éste como uno de los tres hijos de Noé (« el que tiene el poder» a diferencia de Sim «que reza» y Kham «quien ara la tierra»; la argumentación complementaria o interpretación detallada en este intento comparativo, como en muchos otros de N. Ya. Marr, falta).

En el aspecto formal se puede notar para esta aproximación que la diferencia del Anlaut en las formas griega y bíblica (apet, i-apet) podría ser concebida, exteriormente, como la de las formas con y sin prefijo —lo que concordaría con la suposición (véase arriba)— del carácter prefijal de /i-/ en jaun, jaube⁵. El vasco conoce también las alternancias de /p/ y /f/ con /m/ y /b/ (M. pp. 268 s.). Por último, se ve alguna proximidad semántica de los nombres comparados.

Por otra parte, desde el mismo principio no consta ya claro qué puede significar el mutuo enlace de éstos, si lo admitimos. Se conoce bien que la Biblia no es solamente un documento mítico y místico-religioso, sino también histórico reflejando las relaciones reales de los pueblos del pasado que fueron objeto de observación por los autores de aquélla: si llamamos a los pueblos (y lenguas) de un determinado grupo «semíticos» es precisamente a causa de que originaron las principales religiones actuales del Mediterráneo y de que, al mismo tiempo, hay en la Biblia precisamente un Sim «que reza»; de modo análogo se llamó «camíticos» a los antiguos egipcios (y parientes) por creer un tiempo que habían sido los más antiguos agricultores del Mediterráneo y porque al mismo tiempo es en la Biblia Kham quien «ara la tierra».

Se conoce igualmente que de la realidad del pasado están impregnadas las leyendas griegas y que, desde luego, algo real debe de ocultarse detrás, incluso, del nombre Aphet y del parentesco legendario de su portador con Prometeo. Todo esto está bien claro. Pero lo que no lo está es, por ejemplo, el problema de la forma histórica concreta en que se podría imaginar el enlace entre el mencionado grupo lexical vasco de jabe y dichos nombres bíblico-griegos. ¿De qué puede, en efecto, tratarse: un hecho de parentesco entre familias⁶? ¿Préstamo? ¿En qué sentido, de qué círculo histórico-cultural...? Todo queda misterioso —incluso en la manera de exposición de nuestro sabio compatriota (N. Ya. Marr).

Si la semejanza en este caso es suficiente para merecer una consideración detallada, para profundizar, construir una hipótesis más o menos com-

5 Cf., sin embargo, *e-aun, *e-aube —Véase arriba.

6 Contra su pertenencia a un tal parentesco está muy evidente el carácter aislado de dichos nombres en el semítico e indoeuropeo.

pleta, lo más natural sería suponer que los vascos tomaron la palabra iaphet (modificándola en jabe etc.) directamente de la Biblia —de una antigua tradición bíblica oral, si no de la escrita (cf. ruso «jam» que significa «grosero»— primeramente «mujik, labrador, campesino, el que ara la tierra», del bíblico Kham, es decir venido de la misma tradición).

Pero esto no se compagina con la tardía cristianización de los vascos, ni con los datos de las vecinas lenguas y hablas romances, ni, en fin, con la visible antigüedad de la raíz en vasco. La falta de formas intermedias mediterráneas y unos factores semánticos impiden también que busquemos fuente de esta raíz entre los colonizadores y marineros griegos. ¿Podemos buscarla, esta fuente, en el ambiente oriental originador de la Biblia, por encima del griego? Parece que algunas palabras vascas como la vasco-fr. baitha («casa», etc.) vinieron precisamente así, directamente del semítico, traídos probablemente por los iberos de Francia y del Levante español (por los iberos que precedieron como se sabe a la mediación de los griegos). Si tuviéramos, pues, en el semítico mismo un nombre común del aspecto de iaphet con significado «dueño, señor»⁷, como en el vasco, si pudiéramos etimologizar los nombres bíblicos Yaphet (también Kham) a base del léxico semítico, esto nos daría ya algo real. Pero el nombre común lo tenemos en el vasco, no en la eponimia bíblica, aunque acompañada de explicaciones. Y ya la presencia de éstas muestra lo ajeno de los epónimos en cuestión para los semitas.

Siendo así no parece que quede otra cosa sino arriesgarse a considerar dicho nombre bíblico-griego como préstamo de un remotísimo substrato mediterráneo, pariente del vasco. Y a ello es lógico que se haya arriesgado ya el mismo N. Ya. Marr a quien esta misma hipótesis, por lo visto, hizo asignar el término «jafético» a las lenguas vasco-caucásicas (en vez de las indoeuropeas con las que estaba ligado en la lingüística del siglo XIX, de acuerdo con el significado bíblico de Japhet y con la historia de los indoeuropeos). Prometeo, arrebatador del fuego, atado al monte Caucásico, como supuesto «herrero del Cáucaso» e hijo legendario de Japhet sirvió de apoyo para esta intrincada construcción científica.

Otras razones hay, sin embargo, para relacionar las lenguas caucásicas o vasco-caucásicas con el epónimo de Kham (no Japhet), como lo indicamos ya en otra ocasión⁸: los antiguos egipcios, por ejemplo ya no pueden considerarse hoy como algo independiente con respecto a los semitas, como algo

7 ¿Cf. el hebr. Yahve y sus parientes?

8 YU. V. ZYTSAR *El problema del vasco a la luz de su historia científica* (en ruso) en *Uchoniye zapiski del Instituto Pedagógico de Orel*, t. XIII, Cátedra de lengua rusa, fasc. 5, Orel, 1958, pp. 3-4.

distinto de los semitas, quedando con ello el bíblico Kham «vacante», sin ligazón con ninguna familia lingüística; los más antiguos agricultores del Mediterráneo ya no son para la ciencia moderna los egipcios, sino la población neolítica más primitiva de Palestina (excavaciones en el monte Karmel, VII milenario antes de nuestra era) cuya personalidad lingüística desconocemos, pero que no es del todo obligatorio que consideremos semitas. Además, la procedencia vasco-caucásica del bíblico «Japhet» no implicaría todavía que reasignemos este término a las lenguas vasco-caucásicas porque los autores de la Biblia no obstante la procedencia podían designar con él (y, a nuestro ver, precisamente así lo hicieron) a los indoeuropeos, no vasco-caucásicos, y nosotros, evidentemente, tenemos que partir de las designaciones bíblicas.

Es muy difícil, pues, seguir a N. Ya. Marr en su reasignación de dicho término —aún admitiendo con él (pero al nivel de unas hipótesis muy abstractas) la procedencia de éste de un substrato vasco-caucásico. Con respecto a esta admisión se puede observar también lo siguiente. Si el término en cuestión en realidad significaba etimológicamente «señor, dueño» (como en el vasco) esto debe decir, contando con su explicación (o su «desciframiento») por los autores de la Biblia que los últimos *conocían el sentido* de este término como todavía un nombre común y que *lo admitían* (explicándolo o interpretándolo al mismo tiempo) *como símbolo* para designar a una de las tres principales ramificaciones etno-lingüísticas del Mediterráneo conocidas por ellos. Pero si los autores de la Biblia *conocían* el significado del dicho término, y al mismo tiempo *lo admitían como símbolo*, si el significado de lo que *conocían* tenían que *explicarlo* a su destinatario, esto implica a su vez que el término en cuestión, como ya lo hemos indicado arriba, fue ajeno a la lengua del destinatario de la Biblia perteneciendo a alguna otra lengua y que los autores de la Biblia además de la suya debían dominar esta otra lengua, ligada probablemente también a una tradición de culto o religión⁹. (Observaciones análogas podrían hacerse lógicamente con respecto al término Kham, pero con Sim debían designar los autores de la Biblia a su propia ramificación semítica lo que complica las cosas y hace posible ver en Sim alguna palabra propia de los semitas o presuponer para este término alguna significación como «hijo», «germen, semilla» etc.). Una situación parecida es muy típica, en general, para el Antiguo Oriente con, por ejemplo, dos tradiciones religiosas y sus respectivas lenguas (ligadas por préstamos) de los hittitas etc. Y siendo así, y tratándose precisamente de la Biblia — un monumento oriental religioso, podemos decir que al aspecto lingüístico (Japhet — «dueño, señor») no contradice en este caso el contexto histórico-cultural exigido por la hipótesis en cuestión. Por desgracia, es

9 Lo último presupone un préstamo más amplio que el de unas palabras.

la única «profundización» de que somos en este caso capaces. /El problema de la aparición del término Aphet en Grecia cuyos dioses y héroes tienen muy a menudo un origen oriental nos parece ya menos difícil/.

Aquí debemos pararnos no ya con «interno», sino con todo intento de reconstrucción (para jaun) — hasta «en forma de las hipótesis más abstractas». Añadiremos sólo que la admisión, al nivel de éstas, de la comparación iaphet — jabe hace pensar una vez más en la antigüedad de la última forma sin /u/ al lado de jaube y *jaume, cuyo /u/ sería, posiblemente, debido a su vecindad con nasal (si no fuera original).

En conclusión llamamos la atención —una vez más— al hecho de que la diferencia fónica de las estudiadas formas del vasco jaun por una y jaube, jaba, jabe por otra parte, está combinada con su diferencia semántica: «señor» - «dueño». De ahí surge la impresión de que, si ascienden a un mismo prototipo, la diferenciación fónica de éste podía ser empleada como instrumento de su diferenciación semántica (o que, viceversa, las diferencias fonéticas, una vez surgidas, fueron apoyadas, facilitadas por la diferenciación semántica). Ahora bien, una tal «diferenciación combinada» es muy típica en general para el vasco — a lo que lo conocemos en su desarrollo, y ello, de por sí, parece ser ya una confirmación de una etimología común para estas cuatro formas o palabras tratadas.

Concluiremos con una comparación externa basada en la precedente y llamada así a mostrar que ésta puede ser fructífera. Como tratamos de probar, el vasco jaun aparece a consecuencia de la apócope de *jaume: si el proceso de la apócope aquí siguiera (cf. arrain «pez» > arrai id. etc. — M., página 301¹⁰), tendríamos jau < jaun (< *jaume). La palabra vasca gau «noche» desde este punto de vista (y todavía en el aspecto puramente teórico) puede —análogamente— ascender a *gaun < *gaume. Es, repetimos, una suposición puramente teórica. Pero precisamente ésta (< *gaume) es la forma del georgiano γame «noche» < kartvélico *γame(n) id. de donde también el mingr. γuma «anoche», chan. γoma(n) «ayer» (véase G. Klimov «Etimologicheskij slovar' kartvelskij yazykov», Moscú, 1964, pp. 200-201). La diferencia entre el vasco *gaume y el kartvélico *γame(n) consiste casi enteramente en la presencia de /u/ en la forma vasca y su ausencia en la kartvélica¹¹, lo que nos vuelve al caso de iaphet, jabe por una y *jaume, jaube por otra parte (véase arriba), a la antigüedad de la forma paralela

10 Llama la atención el hecho de la diferencia en labialización de vocales entre las aducidas formas kartvélicas: la georgiana frente a las demás.

11 La debilidad de /n/ vasco en la posición intervocálica ya se ha mencionado arriba. Ahora se trata de su debilidad en posición final, aunque a veces es difícil diferenciar ambos fenómenos: garaun "grano" - garau (del lat. granum o esp. grano?).

YU. V. ZYTSAR'

sin /u/. Para un trabajo siguiente desplazamos la intención de probar que la correspondencia: *vasc. /g/ - kartv. /ɣ/* puede extraerse no sólo de una comparación (la presente), sino de varias.

Esta no es, naturalmente, la ocasión de entrar en la discusión general de problemas como el vasco-caucásico, ni de expresar nuestra opinión al respecto. Observemos con todo que también en éste, como en otros casos, una reconstrucción cerrada en el «pozo» vasco apunta a las conjeturas vasco-caucásicas (kartvélicas ante todo).

YU. V. ZYTSAR'